

siones, ¿por qué no hacerlo? En el mundo el único goce son las ilusiones, si el deseo las guía, que el arte las dirija y no se apartará jamás de la naturaleza.» El invernadero de Monceaux se consideraba como uno de los mas bellos que existian; así es que las fiestas de invierno y de verano se multiplicaron durante diez años, es decir hasta que la Revolucion cerró el parque, hasta que la Convencion algunos años despues, estableció en Monceaux diferentes es-

tablecimientos de utilidad pública, convirtiéndose entonces tambien en un hermoso paseo con juegos, bailes, etc., etc. Dado por Napoleon á Cambaceres, que rehusó bien pronto tan oneroso regalo, restituido por Luis XVIII á la familia de Orleans, Monceaux no se abrió del todo al público hasta 1848.

Vendido como todos los bienes de la familia de Orleans, despues de 1852, el parque Monceaux despues de la for-



Parque Monceaux.—La naumaquia.

macion del boulevard de Malesherbes ha llegado á ser propiedad del Ayuntamiento de Paris, que le ha convertido en un lindísimo paseo. Reducido el jardín de ciento noventa á ochenta y ocho hectáreas, ha salido del triste abandono en que se encontraba. Las otras cien hectáreas se han consagrado á la construccion de un rico y elegante barrio de casas, barrio que iguala si no supera á los mejores de Londres. Cuatro magníficas y monumentales rejas, de ocho metros de altas, cierran y decoran las cuatro entradas del parque.

SEGUNDA SERIE.—1866 .

Interiormente, el adorno se ha variado todo con arreglo al gusto moderno en las plantaciones. Las curiosidades que el tiempo no ha destruido han sido restauradas religiosamente, tales como la gruta, las rocas, la pirámide, el puente rústico y la naumaquia, cuyos grabados tienen nuestros lectores á la vista.

El tiempo ha venido tambien á ayudar en todas estas bellezas. Las ruinas ficticias de 1778, entonces chocantes por su estado de frescura y novedad, han venido á convertirse en unas verdaderas ruinas, con su oscuro color, [sus anchas

AÑO XXIV. 29.

grietas cubiertas de musgo, etc., etc., y que contrastan admirablemente, con todo lo demás nuevo, adornado y hecho según el gusto moderno.

DE LA BARBA Y SUS VICISITUDES.

¡Cuán grande es la veneración, cuán profundo el respeto que nos inspira un hombre que tiene el rostro adornado con una larga y poblada barba! Habiendo visto Diógenes el Cínico a un joven muy afeitado, le dijo: «¡Hola!... ¿sientes mucho, mocito, que la naturaleza te haya hecho hombre? ¿quisieras ser por ventura mujercilla? Athen. lib. 13, c. b.» El emperador Juliano el Apóstata, queriendo vengarse de los afeminados y corrompidos antioquenos, que se burlaban de su espesa y descompuesta barba, escribió la famosa sátira titulada *Misopogon*, palabra griega, que significa *Odio á la barba*. (Véase Obras del emperador Juliano, traducidas del griego al francés por Tourlet, tomo II, pág. 365 y siguientes. París 1821.)

En algunos países del Oriente no se permite á los hombres dividir el tálamo nupcial con mujer ninguna, antes de haber cumplido el cuarto lustro de su edad, porque se supone con refinado juicio, que hasta entonces no tienen aquella fuerza ni robustez viril de que es un claro testimonio una gran barba. (Véase la Enciclopedia francesa, al artículo *Barbe*.) ¡Ah, en el Oriente, en esa cuna de la humana estirpe, el pelo largo, las barbas y los mostachos han sido siempre considerados como la expresión mas evidente de un alma noble, generosa y dotada de sentimientos muy elevados! Hallándose el inmortal Alburquerque, virey portugués en las Indias, abrumado de gastos, pudo remediar todas sus urgencias y necesidades, dando á unos comerciantes en prenda y garantía sus largos mostachos, que le fueron caballerosamente devueltos, cuando prestó las cantidades, que se le habían franqueado. Este hecho tan memorable se encuentra minuciosamente referido en todos los diccionarios biográficos, al artículo *Alburquerque*.

Los tártaros y los persas, aunque profesan unas mismas creencias religiosas, han sostenido muchas y repetidas guerras unos contra otros, porque estos últimos no dan á sus mostachos la forma, el arreglo ni la gracia que los primeros. (Véase Noël, *Diccionario de la fábula*, artículo *Barbe*, núm. 2).

Los griegos gastaron largas barbas antes de Alejandro el Grande; y Plutarco dice en la vida del héroe macedonio, que mandó afeitar á sus soldados por miedo de que los enemigos les cogieran de la barba, y les obligaran á entregarse á discreción. Pompeyo, impelido por igual motivo, mandó afeitar también á los suyos en la guerra contra Mitridates, como está consignado en la historia de la antigua Roma. El hijo de Filipo y el rival de César, doctos en la táctica militar de su tiempo, adoptaron con buen tino la medida de que hemos hecho mérito, porque entonces que no había pólvora ni armas de fuego, los hombres peleaban muy á menudo cuerpo á cuerpo, y podían con facilidad cogerse de la barba. No vacilamos, sin embargo, en afirmar que el uso de afeitarse, introducido en Grecia á imitación de los soldados de Alejandro, produjo al principio una impresión muy desagradable. Con efecto, muchos no siguieron la moda; y sabemos, además, que en Atenas se acuña-

ron medallas con la efigie de un hombre sin barba, y en cuyo exergo se leía: *El trasquilado*. (Véase *Enciclopedia francesa*, artículo *Barbe*.)

Los romanos en los tiempos primitivos de su república, se distinguieron por su larga barba; y los antiguos historiadores nos han dejado escrito, que cuando Brenno penetró en la ciudad eterna, uno de sus soldados estuvo largo rato mirando con respeto y veneración profunda á Papirio Cursor, que sentado en su silla é inmóvil, parecía mas bien un dios que un hombre, por su aspecto severo y su blanca y poblada barba.

Plinio dice, que entre los romanos se introdujo la costumbre de afeitarse, cuando Publio Ticinio Mena llevó de Sicilia á Roma, el año 454 de su fundación, un crecido número de barberos: apoya su aserto en la autoridad del célebre Varrón, y luego añade, que el primero que comenzó á afeitarse todos los días, fué Escipión el Africano. (Véase Plinio, *Historia natural*, libro VII, página 29 de la edición latina y francesa de diez y siete tomos en 4.º mayor, 1771.)

Algunos pueblos antiguos se afeitaron con navajas de piedra muy afiladas; otros con navajas de distintos metales; y en Roma el primero que las usó de acero fué Augusto. (Véase Plinio, *lug. cit.*) Pero en atención á que, es muy espuesto depositar su confianza en un barbero, se ha juzgado siempre muy prudente el afeitarse por sí mismo; y Dionisio, tirano de Siracusa, que tenía sobrados motivos para temer las funestas consecuencias de justas y singulares venganzas, se hacia afeitar por sus hijas. Cuando fueron mayores, también ellas le inspiraron recelos, y á fin de que nadie le afeitara, se quemaba la barba con cáscaras de avellanas. (Véase Valerio Máximo, libro IX, capítulo XIII. Véase Bonifacio Rodigino, *Historia Ludrica*, página 109, edición de Bruselas.)

Un hombre sin barba es un ser incompleto; y en todos los idiomas antiguos y modernos se encuentra esta frase muy repetida «No se puede hacer caso de las palabras de un joven barbilampiño.» Los romanos, que no dejaron de conocer esta gran verdad, daban mil parabienes á los parientes de los mancebos, que se presentaban por primera vez afeitados; y á las visitas, que mediaban en esta circunstancia entre una y otra familia, se las daba el nombre de *gratulatorias*. (Véase *Enciclopedia*, *lug. cit.*) En Roma se tenía en tanto aprecio la primera barba, que se la consagraba, encerrada en una cajita de oro ó plata, á alguna divinidad, y principalmente á Júpiter Capitolino, como nos lo ha dejado dicho Suetonio en la vida de los doce Césares, hablando de Neron. No queremos tampoco pasar por alto en estos breves y fugaces apuntes, que los romanos, cuando se introdujo la costumbre de no gastar barba, se afeitaban hasta los cuarenta y nueve años, y luego se dejaban toda la barba, persuadidos de que en la edad madura inspira respeto y veneración. Establecido el imperio, los primeros catorce Césares figuran en las medallas sin barba; pero Adriano, que les sucedió, renovó el uso antiguo, y hasta Constantino el Grande todos los emperadores llevaron barba: mas adelante aparecen afeitados. Sin embargo esta moda no siguió, porque el emperador Heraclio se declaró muy partidario de las barbas, y todos sus sucesores figuran con barba en las antiguas medallas.

Los francos y los godos llevaban largos mostachos y una corta perilla sin barba; Clodion, sucesor de Faramundo, y llamado el Cabelludo, no gustó de esta moda, y quiso que los francos gastaran barba para distinguirse de los romanos. Nadie ignora que los lombardos fueron llamados

antiguamente longobardos, porque llevaban una barba muy larga y espesa.

En tiempo de Jesucristo, tanto en Jerusalem como en toda la Judea, el uso de la barba era muy comun, y los levitas se distinguían por sus hábitos pontificales y su larga barba.

Ah, en todas las épocas, en todas las naciones, en todos los pueblos mas civilizados, ó rudos y salvajes, la barba ha sido siempre tenida en mucho aprecio; ha sido siempre considerada como el mas bello adorno del hombre, y como el complemento de nuestra majestad viril, que ablanda y avasalla al bello sexo!

Al elegante mundo, al sexo hermoso
Hoy es casi imposible que enamore
Nadie sin rostro varonil velloso,
Que en abundancia rubio pelo dore.

Cuando Pedro el Grande, deseoso de introducir en sus vastos dominios, y con especialidad en Moscon y en San Petersburgo, la civilización europea, mandó afeitar á sus súbditos, estuvo muy próxima á estallar una gran sedición, y aunque últimamente se sometieron todos á las órdenes de su czar, á fin de no pagar la multa impuesta á los que se negaban á afeitarse, no dejaron de suspirar por la pérdida de sus largas barbas, brillante testimonio de su primitiva nacionalidad. (Véase *Historia de Rusia* por Levesque, *Historia de Rusia* por Le Clerc.)

Voltaire, en el artículo *Barbe* de su *Diccionario filosófico*, se espresa en esta forma: «Los orientales no han variado nunca de consideración con respecto á la barba: los occidentales han variado siempre de barba y vestido. Bajo Luis XIV se llevaban mostachos, y esta moda duró hasta el año de 1677: bajo Luis XIII se llevaba una pequeña barba puntiaguda: Enrique IV la llevaba redonda. Carlos V, Julio II, Francisco I, señalaron un puesto muy distinguido y honorífico en sus cortes respectivas á las largas barbas, que hacia mucho tiempo que habian pasado de moda, y sus cortesanos las llevaban largas todo lo mucho que podían. Cuando los reyes de Francia confiaban á un hombre forense el cargo de embajador, debía ante todo dejarse la barba.»

Collin de Plancy dice en el artículo *Barbe* de su *Diccionario feudal* lo que sigue: «El rey Francisco I publicó un edicto, año de 1535, en cuya virtud ordenaba bajo pena de muerte á todo ciudadano, campesino y hombre del pueblo, que se afeitara, en atención á que la barba larga era un distintivo todo propio de nobles é hidalgos.»

Los chinos creen generalmente que los europeos son hijos muy predilectos de la naturaleza porque tienen barbas grandes y espesas, al paso que ellos las tienen raquíticas y muy cortas. (Véase *Historia de los viajes*.)

Los habitantes de la antigua Albion, hoy Inglaterra, comenzaron á afeitarse á imitación de los normandos, sus conquistadores, que no llevaban barba. Si esto es cierto, segun va consignado en sus antiguas crónicas, podemos afirmar desde luego que su odio á la barba y su costumbre de afeitarse hoy en términos tan exagerados, que casi parecen niños ó mujeres, lo deben todo á la pérdida de su primitiva nacionalidad.

San Juan Crisóstomo dice en una de sus homilias que los antiguos reyes de Persia ataban y trenzaban sus barbas con hilos de oro: se lee lo propio en las crónicas de Francia con respecto á los monarcas de la primera raza.

En la Edad media la barba adquirió mas grandeza, mas

prestigio y cierta majestad político-religiosa, propia de los siglos heróicos del catolicismo, destinado desde su nacimiento á ennoblecer la humana estirpe y todos sus actos. En esa edad el juramento mas ordinario de Carlo-Magno era éste: *Juro por San Dionisio y por esta barba que me cuelga*. En atención á que en esa edad la barba y el pelo largo eran un distintivo de penitencia y humildad, y que los llevaban los papas, los cardenales, los abades de las órdenes religiosas mas ilustres, un cánón conciliar prohibió gastar barba y pelo largo á todos los clérigos que no desempeñaban grandes destinos en la gerarquía eclesiástica, ni pertenecían al número de los prelados: *clericus nec comam nutriat nec barbam* (ningun clérigo lleve barba ni pelo largo). En esa edad á los hijos de duques, príncipes y otros personajes de las mas elevadas categorías sociales les afeitaban por primera vez hombres de su misma clase; y este acto, que se celebraba con pompa y solemnidad, constituía un nuevo lazo de parentesco, porque al jovencillo, ya afeitado, se le consideraba como el mas legítimo ahijado del que se habia convertido recientemente en su barbero. En esa edad, por último, el tocar con gran ceremonia la barba á un hombre era la propio que declararse su padrino. Con efecto, está escrito en la historia de Francia que en uno de los artículos del tratado que se estipuló entre Clodoveo y Alarico, se convino en que éste tocara la barba al otro á fin de ser su padrino.

Para los árabes del desierto la barba es un objeto sagrado y jay del que se atreviera á cortar la barba á uno de sus cohermanos! Se le juzgaria desde luego impío y merecedor de los castigos mas severos. Si por el contrario, uno toca cariñosamente la barba á otro, quedan entrambos ligados por los lazos de una eterna amistad, aun cuando hayan mediado anteriormente entre los dos las mas graves ofensas, y una sed inextinguible de fiera venganza.

Los señores feudales en España, y aun sus soberanos, que en los siglos mas tenebrosos é ignorantes de la Edad media no sabían ni siquiera escribir su propio nombre, autorizaban los decretos é instrumentos públicos poniendo tres pelos de su barba en el gran sello de cera con que les timbraban. De ahí la frase muy comun de que se usa cuando se quiere ponderar la mucha importancia de una cosa: «Ya tiene tres pelos.»

Una larga y espesa barba inspira respeto y veneración; y la barba, que ha dado en todas las épocas grandeza y lustre al rostro meditabundo de los filósofos, ha sido considerada tambien por algunos pueblos y sabios de la antigüedad como la mas elocuente manifestación de profundos y agudos dolores ó de inesperadas y graves desventuras. Entre los asirios, los hebreos y otros pueblos del Oriente, una larga y descompuesta barba era indicio de luto; y sabemos que cuando Ciceron se vió perseguido en Roma por el infame Clodio, que le culpaba de haber mandado dar muerte á algunos ciudadanos sin apelar al fallo del pueblo, aquel príncipe de los oradores se dejó muy largos el pelo y la barba, como un doloroso testimonio de la fiera é injusta persecución á que se veía espuesto. (Véase Middleton, *Vida de Ciceron*, traducida del inglés al castellano é ilustrada por Azara.)

En la antigua mitología los dioses superiores: Júpiter, Neptuno, Pluton, llevaban largas y pobladas barbas: en la Elide se adoraba á un Baco barbudo. (Véase Noël, *Diccionario de la fábula*, artículo *Barbatus*.) A Hércules, aunque semi-dios, y al centauro Quirón, maestro del indomable Aquiles, se les representaba tambien con barbas muy espesas, para dar á entender que la naturaleza les habia dotado

de mucha fuerza y valor. La Venus belicosa, adorada en España, tenía una gran lanza en su mano derecha, el yelmo en la cabeza y un ancho escudo en la mano izquierda; y si es cierto lo que nos refieren algunos doctos mitólogos muy antiguos, adornaba su rostro una larga barba. Esa Venus fué tal vez la tatarabuela de tres mujeres velludas como osos, y cuyo recuerdo conserva la España: una vivió en el siglo pasado y se atrajo la atención de sus contemporáneos, en tales términos que un pintor la retrató en un gran lienzo al lado de su esposo; y este cuadro muy singular, que todavía existe, lo posee el duque de Medinaceli. Otra se enseñaba al público en Barcelona como un verdadero prodigio, hace ya cerca de veinte y ocho años. La tercera y última es la que hemos visto todos, hace muy poco tiempo, en Madrid. Pero esos caprichos de la naturaleza, que rayan en lo monstruoso, sorprenden y no agradan: la barba, que da á un hombre nobleza y majestad, quita á la mujer la delicadeza de todas sus formas, sus gracias y todos los encantos propios de su sexo.

Las patillas no son mas que restos mezquinos de las grandes barbas tradicionales de todas las generaciones pasadas: ninguna de las historias antiguas, ninguno de los clásicos griegos ni latinos nos hablan de hombres con patillas. Esos pedazos de barba, pegados al rostro, como dos pequeñas culebras, no figuran en ninguna de las antiguas medallas, y ninguno de los dioses del Olimpo figura con patillas. En la India hay ídolos con barba y ramosos cuernos, pero ninguno con patillas; y en el nuevo hemisferio se encontraron ídolos monstruosos con largas narices, barbas espesas y los ojos verdes; pero no había ninguno con patillas. Convengamos, pues, en que el uso de la barba únicamente es el que se pierde en la noche de los siglos, en que la barba únicamente da nobleza y respetabilidad al hombre; en que las patillas no merecen consideración ninguna; y si es cierto, que los primeros, que las sacaron a luz, fueron los jacobinos, como lo afirman escritores muy fidedignos, tampoco su origen, á nuestro entender, es muy recomendable.

SALVADOR COSTANZO.

JUANA DE ARCO Y MR. FR. MORIN.

Un grande acontecimiento se ha verificado en París, que pertenece sin disputa á la empresa de un jóven profesor de historia, á Mr. Fr. Morin, que á la sazón predica en todos los púlpitos que sienten la necesidad de tributar un honor digno á Juana de Arco, á la ilustre heroína, celebrada entre todas por tantos talentos de privilegio, sin mencionar en este momento mas que Mrs. Henri Martin, de Barante, Vallet de Viriville, Lamartine; nosotros hemos tenido á la vista los cinco tomos del proceso, publicados por Mr. Quicherat. Juana de Arco es el milagro de la historia de Francia. La torre en que estuvo encerrada estaba prohibida á los peregrinos de la ilustre heroína. Ha sido necesario que una voz jóven y poderosa abra las puertas de este monumento, que recuerda á la vez tanta gloria y tantas desgracias.

Mr. Morin ha traído á la memoria de los franceses á aquel jóven caballero de Vaucouleurs, que á las primeras palabras de la santa jóven creyó en ella y la siguió. Partió como verdadero caballero para libertar la torre cautiva; pero hoy no está solo, un pueblo pide con él la libre entrada en este monumento nacional, confiscado por un conven-

to; se trata de comprarle á las ursulinas, y se agitan para el cumplimiento de este designio en Rouen, en el Havre, en Orleans, en París y en Domremy. Los principales periódicos de París y de las provincias de Francia han servido de heraldos para repetir las palabras de Mr. Morin. El consejo general del Sena Inferior, escitado por la elocuencia de Mr. Deschamps y de Mr. Rouland, senador, ha emitido un voto por el rescate de esta torre, ilustrada por Juana de Arco y Ricarville, el héroe alistado que la defendió como un león contra los ingleses. Mr. Ernesto Leroy, prefecto del Sena Inferior, y el maire de Rouen, Mr. Verdrel, practican los mayores esfuerzos para devolver este monumento á Francia.

Los dos departamentos de la cuna y de la tumba de Juana se han propuesto cumplir con este deber. La causa está próxima á ser ganada. Mr. Morin ha venido á terminar la campaña de patriotismo y de elocuencia en Domremy el día 10 de setiembre. En frente de la casa de Juana de Arco, delante de su cuna libre, abierta á la pública veneración, ha hablado de su tumba cautiva, cerrada para los franceses.

Nosotros, aunque españoles, recordamos en sus pormenores este lúgubre acontecimiento:

La doncella fué conducida á la presencia de sus jueces: sus respuestas fueron sencillas y tranquilas; ella respondió que tenía cerca de diez y nueve años, y que se llamaba Juana; se quejó de que la hubiesen puesto hierros en sus piernas. Poco á poco sus respuestas fueron mas atrevidas; la muerte se alejó de sus ojos, dejó hablar á su alma y á su corazón: «Enviadme, decia, á Dios, de donde yo he venido.»

La lucha se encarnizó muy pronto entre los jueces y la acusada, y como era un duelo á muerte, todo lo que presentan de mas complicado las cuestiones teológicas se inventó allí para perder á la heroína.

Juana llevaba consigo su valor y su inocencia. A las preguntas teológicas ella respondia: «¡Esperanza y caridad!» Se hablaba de su estandarte: «Se renovará cuando se haya roto su lanza», decia. Le preguntaban cuál era su divisa: «Entrad atrevidamente por entre las filas inglesas y yo entraré con vosotros.» Cuando la acusaban de haber asistido á la consagración del rey con su bandera en la mano: «Mi bandera asistió en los mayores trabajos, justo era que asistiese á los grandes honores.»

Esta sencillez valerosa asombraba. Como tenía respuesta para todos, y como los jueces temían la emoción del público, no volvió á ser interrogada sino en el calabozo de esta misma torre, que al fin ha llegado á ser monumento histórico, gracias al jóven profesor del colegio Chaptal. Mientras mas ha sufrido Juana de Arco en aquellas abominables paredes, mayor era el deber de Francia para que fuesen consagradas por una justa y equitativa represalia.

El proceso de Juana de Arco pesará hasta el fin del mundo sobre la memoria de Inglaterra. ¿Cómo, pues, tantas gentes armadas contra una mujer de veinte años?

Digamos, no obstante, á la gloria eterna de los legistas de aquella ciudad normanda que había conservado, en toda su majestad, la fuerza y la autoridad de la ley, que se negaron á prestar la autoridad de su palabra y de su asentimiento á este proceso injusto, se alejaron de aquel tribunal de iniquidad.

A pesar de los esfuerzos de algunos hombres honrados, amigos de la justicia y del derecho, Juana estaba condenada de antemano. Cada día se aumentaban sus tormentos..... pero dejemos hablar á uno de sus contemporáneos:

«Durante la noche estaba acostada y tenía sus piernas atadas con dos cadenas para que no pudiera moverse de aquel lugar.»

Eran los días austeros de la semana de Pascua: el Viernes Santo, fué Juana nuevamente interrogada; sus jueces la creían abatida por los sufrimientos; pero jamás estuvo mas grande ni mas bella; tan sostenida se hallaba por el recuerdo de la pasión de Nuestro Señor.

La acusada fué de nuevo sumergida en las tinieblas de esta torre despiadada. Ella se moría lentamente en silencio, sin una queja, sin una lágrima. Estaba tranquila, serena, sublime.

Al fin, la universidad de París, declaró que Juana estaba poseída del demonio. Fué condenada (así lo mandaba la Inglaterra), como relapsa y herética, á ser quemada. En esta horrible sentencia, la joven guerrera comenzó á llorar: «¿Por qué, decía, quieren reducir mi cuerpo á cenizas, que está puro y no se ha corrompido?» A la misma hora se le advirtió que era preciso morir. «Quemada viva, decía, mejor hubiese querido perder siete veces mi cabeza.... Pero cúmplase la voluntad del Señor!» Dios le dió su valor. En seguida pidió la hostia santa, y le permitieron esta suprema comunión, y la iglesia de Rouen, con un solemne séquito, lleno de misericordia y de luto, quiso llevar á esta



La torre de Juana de Arco.

santa mártir la Sagrada Eucaristía, y atestiguar con su piedad y con su respeto su profundo horror hacia las violencias de Inglaterra. Todo el clero de Normandía, ilustrado por su ciencia y su piedad, asistió á la última comunión de Juana. Se despojó del vestido de los capitanes, y se puso una larga túnica, *muy larga*, según sus deseos. A su lado como otros tantos padrinos que lo hubieran dado todo por salvarla, iban muchas gentes honradas y distinguidas por su celo y austeridad.

Juana en este momento supremo, tan grande era el respeto que tenía hacia el rey de Francia, creía todavía en su

propia libertad.... Apenas dirigió algunos pasos hacia la hoguera, perdió la esperanza. Ochocientos soldados ingleses acompañaban el carro fúnebre; una multitud atenta presenciaba el espectáculo; la virgen iba derramando abundantes lágrimas, pero sin lanzar una queja. Solamente se la oyó repetir dos ó tres veces: ¡Oh Rouen! ¡oh Rouen! ¡yo debía morir en tus manos!»

Hasta el verdugo se compadeció de esta desgraciada víctima, y reclamó contra aquella hoguera que estaba demasiado elevada.... pero no pudo mas que obedecer. Un sermón pronunciado por un hombre de la universidad de

París precedió á los horrores de su suplicio. Juana estaba arrodillada, invocando en el fondo de su alma y de su corazón á los santos y á las santas del paraíso que la esperaban. «¡Rogad por mí, rogad por mí!» decía. Y su voz era tan penetrante, su mirada tan triste, su actitud tan humilde y tan firme al mismo tiempo! Juana quiso besar la cruz antes de morir. Un inglés rompió un palo del cual hizo Juana una cruz, la tomó, la besó y la estrechó contra su corazón. Juana mandó á su confesor que se alejase y se puso á orar por la Francia y por el rey su santo señor. Y las llamas se elevaban, y la voz de la santa subía como las llamas; era como un cántico su acción de gracias, como un *Gloria in excelsis* de aquella mártir. Al fin, Dios llamó á su lado á la santa heroína, que espiró diciendo «¡Jesus!» Su alma subió al cielo, su patria, y el pueblo que veía partir á esta alma cristiana, declaró que una paloma blanca se había dejado caer en la hoguera y que murió con ella.

M. de F. F.

IRENE PALEÓLOGO.

Por los años de 1326 ceñía la triple corona de Aragón don Jaime II, llamado el Justiciero, saboreando las delicias de la paz, unidas al respeto que naturales y extranjeros le tributaban de consuno, obligados por la firme voluntad y recto proceder de que dió pruebas durante su largo reinado, cuando le tocó llevar á buen término el suceso que vamos á referir, como digno complemento para su respetable ancianidad, suceso comenzado en las regiones orientales y dado cima por tan egregio monarca en ciudad de tanto renombre, cual siempre fué la invicta Zaragoza.

En uno de sus barrios mas apartados existia por entonces cierta casa de humilde apariencia, por cuyas ventanas y claraboyas penetraban los alegres rayos del sol de febrero, ya muy elevado en el horizonte, sin que la puerta de salida se hubiese abierto, ni en el interior se hubiera notado el movimiento y ruido natural propio de gente madrugadora, como siempre fueron los vecinos de la pobre finca.

Eran estos un viejo almogavar, nombrado Martin Heredia, que, apenas le apuntó el bozo, siguió á donde Pedro el Grande en todas sus empresas caballerescas en Africa y Sicilia, tomó partido por don Fadrique contra la casa de Anjou, y por último acompañó á Roger de Flor en su expedición increíble al imperio de Constantinopla, tornando luego á los patrios hogares tan desprovisto de bienes de fortuna como rica de prendas naturales admiraban todos á una hermosa doncella que trajo por compañera con el título de hija suya.

Bien quisieron algunas comadres de las mas espertas en esto de averiguar vidas ajenas (que las había en el barrio diestras á maravilla), descubrir el nombre, patria y calidad de la madre de Isabel, que así se llamaba la moza; pero su indiscreta curiosidad vino á estrellarse ante las pocas palabras y áspera condicion del soldado y la ignorancia de su origen en que siempre tuvo á la niña, contentándose con decirle en alguna ocasion en que se vió apurado con este motivo:—¿Quieres encontrar una madre superior á la que te dió el ser? encomiéndate á la del cielo, pues en la tierra no

podrás compararla con otra ninguna.—Y ella viendo á su padre sombrío y caviloso, conoció haberle causado gran pesar con su pregunta, y acudió luego á consolarle, prodigándole tiernas caricias y sofocando el ardiente deseo que agitaba su corazón, por no afligir al hombre á quien tanto quería y respetaba.

No era infundado este cariño, porque solo por la muchacha llegó Martin á tropezar en el oscuro umbral de la pobreza, despues de haber tenido parte en los cuantiosos despojos de las florecientes ciudades y ricos países de orillas del Bósforo, sujetos por la terrible ley de la guerra á la implacable venganza de los catalanes y aragoneses. Una especie de frenesí parecia haberse apoderado del aventurero, en favor de su hija, para disipar en galas, perfumes y otros adornos ajenos de su estado, cuantas riquezas pudo allegar á las manos, haciendo como caso de conciencia no contrariarla en nada, aun á costa muchas veces de sufrir notable quebranto la entereza paternal. Pero la niña era de tan cabal hermosura, sus maneras encerraban tal encanto de gracia y dignidad, que los tesoros de Creso no merecieran la pena de escatimar el atavío que tanto realzaba sus perfecciones.

Por otra parte, sin permitir á nadie familiaridades de ningun género, retirada por lo comun á solas con su pensamiento, se hacia perdonar el aire de grandeza que respiraba su persona con el cariñoso agrado y noble correspondencia usada para todos los que llegaban á tratarla; en términos que solicitando algunos examinar de cerca el prodigio de orgulloso desdén, segun la calificaba la maledicencia de sus compañeras, acabaron por someterse á su fascinamiento irresistible, hallando justo al veterano Heredia por las locuras cometidas en obsequio de aquella perla de Oriente, que solo dejaba entreabrir su nacarada concha para deleite y gozo de cuantos pudieran admirarla, aunque sin permitir al mas ligero soplo empañase los suaves tornasoles que brillaban en su fondo.

Dados estos ligeros pormenores acerca de los héroes de la narración, penetremos en el interior de la casa, donde Isabel, con la mejilla sostenida en su mano, parece que reflexiona profundamente hace largo rato. Estaba sola; la pieza era triste y sin adorno, los muebles toscos, y por las grietas del techo fluía gota á gota la lluvia de un aguacero desvanecido con la salida del sol.

Levantóse la jóven y fué á remover la ceniza del hogar, buscando alguna chispa de fuego, porque sus manos, donde la nieve y el rosicler parecían disputarse la preferencia, estaban yertas con el helado ambiente que allí dominaba sin rival. Pero ni encontró lumbre ni debia tener medios de proporcionársela, pues haciendo un movimiento de resignación pareció abandonar su primera idea dirigiéndose á la puerta del cuarto de su padre, donde llamó pausadamente, al mismo tiempo que decía:

—¡Padre, padre! ¿está malo vuestra merced?

—No, hija mía, á Dios gracias, contestó el anciano; voy á salir inmediatamente.

Con efecto, á los pocos momentos presentóse Martin Heredia, en calzas y jubon de ante, erguido como un pino, fuerte y ágil á pesar de su barba entrecana, y con el arrogante ademán de quien ni ha conocido superior en lo hazñoso ni espera hallar otro que le iguale en lo venidero.

—Ave María purísima, dijo al presentarse, segun costumbre de entonces. ¿Querías decirme alguna cosa?

—No, señor, nada. Pero mal haya la pereza de vuestra merced, que me puso en cuidado creyendo seria falta de

salud, continuó la joven estampando sus labios de rosa en las curtidas mejillas del soldado.

Sin corresponder Heredia á las caricias de Isabel, antes al contrario, apartándola con suavidad, anublóse su rostro y contestó despues de dar un profundo suspiro:

—Te has equivocado, inocente niña. Desde bien temprano estoy despierto; pero mi oración de la mañana ha sido mas larga que de costumbre, invocando el amparo de Nuestra Señora del Pilar en favor nuestro, para que su Divino Hijo nos proporcione el pan que hoy nos faltará si su Providencia no se apiada de nosotros.

Y al decir esto, aquellos ojos que miraron con regocijo y sin pestañear acercarse las amenazadoras lanzas de los mejores caballeros franceses, así como las innumerables huestes griegas y mahometanas, de rostro y armas desconocidas, se inundaron de lágrimas que, resbalando por su semblante, desaparecieron en el poblado bigote, testigo de tantas proezas.

—Pues si no es otra la pena, señor, añadió Isabel procurando manifestar ánimo, vuelvo á recobrar la tranquilidad perdida, porque no juzgo tan irremediable desdicha una temporada de ayuno.

—Tengo sufrimiento para sobrellevarla, que otras muchas he pasado durante mi vida; pero tú, delicia de mi corazón ¡padecer hambre por mi culpa! ¡Qué idea tan horrible!

—Os equivocais, padre mio. Yo he sido, por demasiado condescendiente con vuestro ciego cariño, la causa de nuestra situacion actual. Mas de igual manera que hace dias he tenido valor para reducirme á cuidar esta pobre casita sin necesidad de las criadas que antes me asistían, sabré igualmente prescindir de los preciados trages y aderezos, que de aquí en adelante miraré como pruebas de mi conducta irreflexiva. Tomadlos, pues, y con ellos remediamos la necesidad presente mientras Dios abre camino para el porvenir.

—Los de algun precio yacen empeñados en la Judería por la tercera parte de su valor; los pocos restantes te son tan necesarios que no se puede ni aun pensar en ellos.

—Sin duda olvida vuestra merced aquella media cruz de rubíes que hace pocos dias me enseñasteis cosida en un pergamino escrito, recomendándome la conservase siempre.

—No prósigas: antes venderia toda mi sangre á las brujas del Moncayo que deshacerme de esa joya, única memoria de tu madre.

—Pues entonces, señor, ¿qué haremos en tal apuro?

—Voy á tentar el último recurso, apelando á la proteccion de algunos compañeros de aventuras para que me faciliten cualquier medio honroso de sostener la vida. Si como espero los encuentro indiferentes á mi súplica, entonces, Isabel, despues de haber asegurado tu fortuna, iré á ofrecer mis servicios, aunque sea á los turcos, y extranjero de gente en gente, prodigando á cambio de algun miserable sustento las fuerzas que todavia conservo para levantar una espada, aborrecido por tí, perseguido por la justicia de los hombres, terminaré sin haber quien derrame una lágrima sobre mi fosa, ni eleve al cielo una plegaria por el alma del pobre almogavar.

—¡Nunca, nunca, padre querido! no habeis así que vuestras palabras me afligen mas de veras que todas las privaciones del mundo. ¡Yo aborreceros! ¡Vos tan honrado perseguido por la justicia! Vengan enhorabuena cuantas pena-

lidades y trabajos nos estén destinados, pero decidme que semejante vaticinio no se realizará jamás.

—Tienes razon para estrañar un lenguaje incomprensible para tu inocente sencillez. Soy un insensato que juzgándose todavia presa de los fatigosos ensueños de la noche continuo delirando despierto. Has dicho bien: nada sucederá de cuanto dije. Lucharemos sin descanso, eso sí; pero conseguiremos triunfar de la mala fortuna. ¡Qué loco estuve! ¿No es verdad, Isabel, que ningun recuerdo conservas de mis espresiones anteriores?

—Ninguno, señor; todo lo escuché sin entenderlo.

—Ha sido justo que así suceda: olvidémoslo pues, y ya que nos hemos convenido en resistir como valientes, dame la capa saldré á recorrer la campaña en busca de provisiones.

II.

Despues de ausentarse Martin volvió á caer Isabel en la penosa cavilacion que abandonó solamente para infundir aliento en el ánimo de su padre. El leve choque de una pedruzuela lanzada contra el alfeizar de una ventana la hizo levantar la cabeza, asomarse á mirar la calle y correr en seguida á franquear la puerta á un mancebo de buena presencia, aire desembarazado y primorosamente vestido.

—¡Otra vez aquí! le dijo en tono de amorosa reconvenccion ¿no te prohibi volviesses á verme sin conocimiento de mi padre?

—Vengo á cumplir una penosa obligacion, la contestó el joven, antes de prometer á otra la fé de que te hice dueña. Vengo á renovarte de nuevo la seguridad de mi constancia, á pesar de la violenta ceremonia que mañana me obligarán á representar.

—¿Con qué por fin está en vísperas de consumarse tu aleroso proceder y mi engaño lamentable?

—Isabel, no aumentes con tus reconvencciones el dolor que me arrancará la vida. ¿Dónde hallaremos amparo? ¿quién nos podrá socorrer? Mis padres, toda la nobleza de los tres estados, el mismo soberano, escandalizados si yo tratase de buscar esposa entre la clase humilde se declararían contra nosotros, y tú ¡infeliz! serias la primera víctima.

—¿Y por qué no acogiste esas mismas consideraciones cuando yo solicitada por tí, instada, movida por tus súplicas y juramentos empecé á dar abrigo en el corazón á la negra tempestad que arrebatará mi porvenir en un vendaval de afrenta y desventura? ¿No te acuerdas que á tus reconvencciones de ingrata contestaba haciéndote presente la desigualdad de nuestro nacimiento? ¿Has olvidado que poniendo por testigo cuanto de mas respetable hay en el cielo y en la tierra prometiste ser mi esposo á despecho del mundo entero? Por fin, sin noticia de mi padre, á cuyo recto juicio siempre temió tu maliciosa falsía, tuve la debilidad de admitirte en mi pobre casa: con el trato se aumentó la pasion y fui crédula con exceso, aunque no tanto que pueda lamentar otra cosa sino haber entregado mi amor á la burla de un hombre cobarde y fementido.

—¡Eso te atreves á pronunciar!

—Y aun mas mereces; pero tengo lástima de un menguado cual tú eres.

—Pues bien, sí: mi palabra empeñada solemnemente se verá cumplida. Ante la corte convocada por el rey con objeto de autorizar mis desposorios con la hija del baron de Menasalvas, daré testimonio público de los compromisos

anteriores contraidos contigo. Hasta el día solo ha servido para escitar la burla de todos los parientes de mi solar cuando he tratado de hacerles presente la obligacion en que me hallaba; mas aprenderán bien á pesar suyo á conocer la diferencia entre los caprichos de un mozo y la voluntad incontrastable de un hombre que no quiere dejarse arrebatar la felicidad de su vida con la tranquilidad de su conciencia.

—¿Y no habrá recursos menos violentos de obtener un resultado favorable?

—Ninguno. He apurado cuantos han sido posible. A mis reflexiones han contestado con risas; á mis súplicas con desprecio; á mis reconvenciones con amenazas. Sé muy bien que me aguarda un calabozo en castigo de mi determinacion; espero que nunca volveremos á vernos, porque nuestros enemigos serán capaces de cualquier desman antes que permitir un casamiento considerado por ellos como afrentoso, y por último, conozco los riesgos de todo género á que vas á quedar espuesta sola y abandonada; pero he tenido que sufrir en silencio los duros apóstrofes que has dirigido á mi cobardía, te veo constante y animosa y quiero enseñarte que cuando tú desprecias el peligro no soy yo quien debe temblar.

¡Raro contraste de los afectos del corazón! Cuando Isabel oyó á su amante vacilar en su constancia, le arrojó al rostro con acritud las reconvenciones mas duras por su traidora conducta; pero al verle decidido á superar los inconvenientes gravísimos que no se le ocurrieron al principio, decayó el valor ficticio que la sostuvo, y anegada en lágrimas y cortada la voz por los suspiros, quiso devolver á Garcés de Urrea la palabra que la empeñó en otro tiempo, obligándose á no poner estorbo en sus futuros medros ni á ser causa de las desdichas que se vislumbraban cercanas.

—No sigas adelante, replicó éste con resolución, registrando con la vista la desmantelada pieza, en busca sin duda de recado de escribir; antes que llegue la noche recibirás una cédula solemne con promesa de matrimonio, firmada por mi propia mano y autorizada con el sello de mis armas.

—Deja de pensar en esa union imposible. ¿Por qué arrostrar el enojo de personas tan poderosas cuando te llama la fortuna con solo el corto sacrificio de abandonar á esta humilde criatura?

—Porque eres para mí tan necesaria como la salud en la enfermedad, como el puerto al marinero, y mas indispensable á mi dicha que menuda lluvia á la espiga temprana ó el hospitalario techo al peregrino aterido por el sople del cierzo.

Referir las pruebas de buena correspondencia que se dieron entrambos prometidos antes de separarse, fuera sobre poco discreto inútil para el caso: baste saber que la despedida, aunque triste y llena de presentimientos fatales, indicaba las mejores relaciones. Dejemos luego transcurrir en nuestra imaginacion como cosa de una hora, y oigamos la voz varonil de Martín Heredia, que vuelve á su casa alegre como muchacho libre de la escuela, gritando desde la entrada del zaguán:

—Abre pronto, Isabel, que vengo cargado como un laud de transporte.

Hízolo así la doncella y entró Martín orondo y satisfecho, sumamente embarazado con un gran bulto que cubría bajo la capa.

—Dios proveyó á nuestra necesidad, hija mía. Mira qué

pierna de cervato tan hermosa, dijo desembozándose y poniendo sobre una rústica mesa las provisiones que iba enumerando: pues y este soberbio par de conejos ¿qué te parecen? Escelentes deben estar acompañados por el regalado contenido del pequeño zaque, á quien, con el debido respeto, arrimo á un lado para cuando se necesite. No le hagas ascos que es de lo caro y dulce de las Cinco Villas, y bien lo puedes probar: en tanto guarda esa hogaza candeal en el cajón, que no estará de más dentro de poco. Figúrate que fui á ver á un cierto camarada que sirvió conmigo allá en Levante, y ahora es montero de su alteza. Llegué cuando acababa de recoger su parte de la última cacería, y me ofreció alguna pieza de las que allí estaban. —Sí por cierto, me apresuré á contestarle, pues por vida de Mahoma que Isabel y yo aun estamos por estas cruces. —¿Hablas de veras? respondió quedándose parado. —Sin quitar ni poner. —¿Y así callabas, hombre desalmado y cruel, sin tener en cuenta la pena de aquella pobre niña. Vaya, tome por ahora y cuide que otra vez no le acontezca. —Con esto admiti sin empacho lo que me se daba de buena voluntad..... Pero ¡chical! observo en tu semblante la misma tristeza que si estuvieras escuchando el romance de la inocente Genoveva; ¿qué tienes? ¡tú, poco ha tan animosa!

—Padre, no puedo mas; el dolor me ahoga.

—¡Es natural! la esperanza de un porvenir miserable hace horrorizar á cualquiera.

—Pluguiese á Dios no tuviese mas honda causa mi sentimiento.

—¿Con que te afligen pesares desconocidos y ocultos para mí?

—¡Perdon, señor, soy muy culpable; pero tambien sufro un castigo cruel!

Dichas estas palabras informó al veterano largamente de la situacion comprometida en que se hallaba y los antecedentes que á ella la condujeron. Oyóla Martín sin dar señales de admirarse ni tampoco interrumpirla hasta verla romper de nuevo en amargo llanto, mas abundante cuanto mas impasible juzgó á su padre ante la relacion de sus pesares. Había quedado éste pensativo, balbuceando para sí algunas frases sin objeto ni enlace al parecer.

—¡Justicia..... espacion! ¡Cuán amargos son los frutos de la venganza!..... Despues de tantos años de amor!..... Así tenia que suceder.

Era su aspecto tan siniestro que Isabel, olvidando su desgracia, temió verle estallar en algun arrebató, y quiso llamar su atencion á la realidad.

—Padre, aconsejadme lo que debo hacer. ¿A quién recurriré si vuestra merced me abandona?

Fijó en ella su penetrante mirada con espresion de extraordinario cariño, y recobrada la calma que por un momento estuvo próxima á faltarle, contestó con el aplomo y decision que comunican la fuerza de voluntad y confianza en los propios recursos.

—Ese amargo desconsuelo que justamente embarga tus sentidos ha de trocarse en plácida ventura, y los que te rechazaron con desprecio aceptarán como singular favor te dignes fijar en ellos una mirada benévola desde la escelsa region propia de tu nueva fortuna.

Sin comprender la doncella el sentido de las razones de su padre, pero sabiendo pertenecía á una raza de hombres acostumbrados á llevar á cabo las empresas mas extraordinarias, sospechó meditaba alguna grave determinacion, cuyo secreto trató de penetrar con objeto de prevenir en lo posible lo que tuviese de aventurada.